

# Imagen disonante y sonido mórbido

César Oliveros

Investigador independiente



*¿Cuál es la prueba de que el impacto de las fotografías se atenúa, de que nuestra cultura de espectadores neutraliza la fuerza moral de las fotografías de atrocidades?*

Susan Sontag

Lo macabro, lo deforme, lo lúgubre, lo grotesco, lo “no bello”, lo monstruoso, lo que no encaja forma parte de nosotros y en general de los estudios en historia del arte. Lo feo ha sido inspiración para muchos artistas al momento de crear piezas que pueden ser cuestionables o incómodas –sí usamos cánones dogmáticos, conservadores e inamovibles–, en el sentido de que podría pensarse que el arte debe ser solamente algo hermoso, inasible o sublime, entre otros atributos similares que han alimentado y continúan alimentando el mito del artista que tiene una conexión directa con lo divino. ¿Quién dijo que todo lo que aspire a ser llamado arte debe cumplir ciertas reglas estéticas vinculadas al concepto de la belleza? ¿Qué clase de corsé victoriano nos aprieta el gusto? Tampoco quiero afirmar que el único valor estético válido es el que se relaciona con lo burdo o lo no deseable... pero el problema es que a veces se invisibiliza esta parte –por su

naturaleza oscura–, como si no quisiéramos ver nuestro reflejo más abyecto, porque eso también nos habita, nos constituye y nos aterra.

La muerte es de esos temas “oscuros”, despreciados o negados, a los que quiero hacer alusión y a todo lo relacionado con el tema: enfermedad, decadencia, duelo, descomposición, erotismo y violencia. No en su sentido poético, melancólico, religioso o natural, sino a su representación más violenta en fotografías o en sonidos. Asesinato y suicidio son de las expresiones más severas de nuestra existencia. Terminar con la vida del otro o terminar con la nuestra, nos recuerda que estamos lejos de una sociedad de bienestar, o alejados del mejor de los mundos. En sí, la muerte es difícil de asimilar o resignificar y sí añadimos la violencia –extrema en muchos casos– se convierte en un fenómeno que nos excede. En medio de todo esto surge la inspiración de ciertos artistas que cuestionan los valores estéticos tradicionales. Dichos artistas, para acotarlo más, fotógrafos y músicos, parten desde otro lugar para crear o develar su interpretación de la realidad que tiene que ver con aquello que muchas veces se evita o se niega. La imagen (disonante) y el sonido (mórbido) se influyen, se complementan.

Lo mórbido en la imagen y el sonido tiene que ver con la enfermedad, lo contagioso, lo maloliente, pero también con lo blando, lo suave, lo delicado. Es sentirse atraído por algo en apariencia desagradable. Nadie quiere estar cerca de algo infecto, para evitar un contagio, principalmente, o porque nos recuerda la propia vulnerabilidad y fugacidad; pero al mismo tiempo eso nos atrae; es un llamado casi erótico el ver el lado más desagradable de las cosas, una lucha dialéctica. Interpreto lo mórbido como un punto de partida para la creación. La representación de lo desagradable es fundamental en el arte. Lo mórbido satisface a cierto público. Más que pensar en la muerte o en la enfermedad como una negación o una invitación al nihilismo, pretendo explicar que son una fuente vitalista de inspiración. Por otro lado, lo disonante no guarda consonancia con los elementos ni es armónico con lo que le rodea. Una imagen disonante es como un *glitch* en nuestra percepción. La disonancia termina por arruinar una melodía, pero sí es intencional puede otorgarle un atributo que la transforma en algo más poroso. Lo mismo sucede con la imagen. En ambos casos, es la anomalía lo que nos atrae.



© 72041 Casasola, *Cadáver de Hazel Walker en el anfiteatro del Hospital Juárez*, Ciudad de México, México, 1920. Colección Archivo Casasola. SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

Encuentro muchos puentes entre imagen/sonido y la relación que se construye entre lo mórbido y la disonancia, lo cual me interesa de sobremañera por la textura y los matices que le imprimen a una obra. Somos curiosos, éticamente cuestionables. No nos basta ver imágenes bellas, ni tampoco nos limitamos a escuchar lo que nos han dicho debe escucharse para alcanzar estados de sensibilidad cuasi celestiales. Tenemos una curiosidad malsana que puede ser detonadora de imágenes y sonidos en esencia subversivos. Por subversivo no me refiero al campo político sino al moral, a aquello que es capaz de cuestionar nuestros valores desde sus cimientos, porque lo horroroso y disonante forma parte de nosotros. Desde los pedestales de la falsa pureza, juzgamos como abominable, enfermizo y molesto a aquello que nos remite a lo monstruoso –ya sea una imagen o un sonido–. Desmarcarse del monstruo nos otorga validez ante una sociedad hipócritamente recatada. Pero en el fondo nos sentimos atraídos debido a esa curiosidad transgresora que mencioné líneas arriba. Una imagen morbosa o una melodía disonante son repulsivas y seductoras al mismo tiempo.



Mario Quiroga, Collage, *Weakness Leaving Your Body*, Puebla, Puebla, 2017, Serie: *Mexicans causing panic 6*. Colección del autor.

## I

Para ilustrar lo anterior quiero exponer el trabajo de cuatro proyectos sonoros de distintas partes de México que de alguna forma se inspiran en la imagen disonante para crear sonido mórbido. El primero es “Vulgar Disease” de la ciudad de Puebla, un proyecto solista de Mario Quiroga basado en el ruido áspero y la música electrónica extrema, con muy pocas presentaciones en vivo en su haber. Una de las influencias más importantes, diría medulares, en este trabajo es la fotografía y la narrativa de la nota roja. Basta ver el collage elaborado con cuerpos mutilados, deformados y corrompidos que acompañan la música: un ruido intenso, barroco y sin vacíos que complementa a las imágenes siniestras. El autor parte del cuerpo vejado y violentado, principalmente femenino. Este abordaje pone el acento en la naturaleza depredadora y destructiva del humano. También evoca imágenes sexuales de pornografía dura que plantea un acercamiento de lo erótico con lo macabro.

El principal detonante de su trabajo es la imagen explícita y cruda en la que se representan acontecimientos brutales. Este artista hace una investigación en ocasiones exhaustiva acerca de esas historias descarnadas o bizarras con el fin de crear cada pieza sonora. En su trabajo se encuentran el amarillismo y el morbo, que abundan en las publicaciones periódicas de México, y que se desarrolla con total superficialidad. En la mayoría de las portadas de los diarios sensacionalistas podemos observar fotografías de cuerpos descuartizados, desollados, decapitados, aplastados... con encabezados irónicos/

grotescos/cómicos; todo ello a un lado de imágenes “eróticas” de mujeres con poca o nada de ropa, acompañadas por textos en doble sentido, exponiendo una mezcla de violencia extrema de “humor” y sexo. Esta banalización del crimen ha provocado que normalicemos las imágenes que en otros contextos pueden llegar a ser intolerables.

Lo atroz en las imágenes de “Vulgar Disease” es equiparable al sonido que les acompaña, que se convierte en una especie de fascinación y denuncia ante tanta barbarie. Pero no sólo la barbarie que se publica en los periódicos enfocados principalmente en estigmatizar a los sectores más vulnerables de la población –gente con pocos recursos económicos–. Mario también usa las imágenes y el sonido en contra de los “hampones de corbata” y de la “blanquitud” mexicana, que provoca genocidios, fanatismos religiosos, misoginia, homofobia, suicidios, desastres ecológicos... desde otro sitio más privilegiado. “Vulgar Disease” toma una posición política y psicológica, cuasi misantrópica, no en el camino de una misantropía pueril, sino activa, terrorista y de denuncia. El sonido y la nota roja en este proyecto convergen en la saturación. Como me escribió Mario Quiroga: “Llega la hora de grabar, y es definitivamente una saturación de canales, eso es lo que ocurre con la nota roja; para mí, siempre hay espacio para más mierda, puedo meter un sintetizador con una guitarra, la voz y un taladro en el mismo canal. No me interesa que sean perceptibles, entran limpios y salen destrozados como el cuerpo humano ahí desollado, en la avenida o el descabezado en el río”.

## II

Continuo con el proyecto de Concepción Huerta, artista originaria de León Guanajuato, pero asentada desde hace algunos años en la Ciudad de México. A diferencia de “Vulgar Disease”, ella no usa imágenes crudas y brutales, sino más sutiles, abstractas y poéticas a la hora de crear sonidos, sin que estos dejen de ser elementos “disonantes”. Es decir, en una fotografía suya sobre el mar no se encontrará una imagen de postal, sino aquella en la que nos recuerda nuestra vulnerabilidad e insignificancia. Esta artista, experimentó primero con la fotografía y el video para después incursionar en lo sonoro. Esto le ha permitido explorar ambos terrenos y que uno se alimente del otro sin devorarse del todo.



Concepción Huerta, *Sin título*, El chico, Hidalgo, 2018. Colección del autor.

Sus imágenes, aparentemente bellas y equilibradas estéticamente, no dejan de ser oscuras, ya que evocan el silencio, el duelo, el terror, la soledad y por supuesto la muerte desde una perspectiva de transformación. Concepción tiene un ojo frío en el sentido de que sus fotografías no necesariamente son reconfortantes o efectistas, sino que nos dejan con la angustia de no saber bien qué estamos viendo, como si algo no encajara o terminara de cerrar. En su trabajo podemos apreciar la naturaleza, el paisaje, siluetas y pistas de una historia que no se cuentan del todo y que provoca algo inquietante. Concepción parte desde la incomodidad y niega los estándares estéticos sobre lo que se considera una imagen bella o un tipo de música complaciente/deseable. Su obra es el reflejo de una realidad política social y económica que está lejos de ser bella. Lo mismo hace con sus composiciones sonoras: construye paisajes de sonido meditativos no explícitos, que lejos de relajarnos nos puede llevar a un estado alterado y siniestro. Sus parajes son muy oscuros y catárticos. Esta artista no se va por el camino aparentemente sencillo de la saturación para hacer una pieza sonora, sino por el lado más tenue, más orgánico, sin prisa, como lo hace con sus fotografías o videos. Su trabajo está



Concepción Huerta, *Sin título*, San Francisco, Estados Unidos, 2019. Colección del autor.

fuertemente vinculado entre el sonido y la imagen, ligando la narrativa propia de cada disciplina, sin que tengan una relación codependiente; sólo existen y se corresponden en un mundo inquietante.

### III

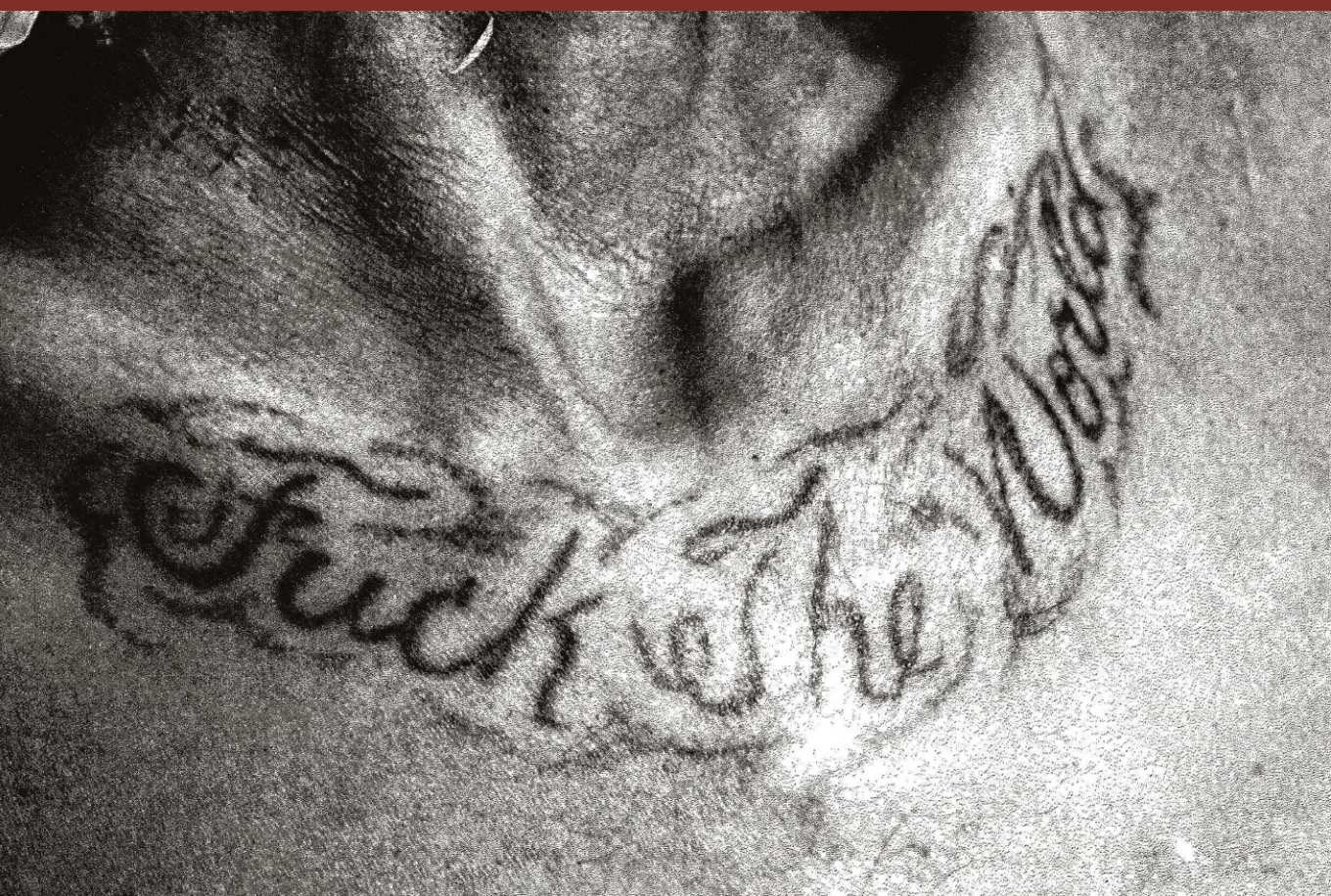
“Ra” es un músico y artista visual del norte del país cuyo trabajo cotidiano está relacionado directamente con la violencia y el manejo de cadáveres, lo cual reúne en su labor artística. No tiene pretensiones de reconocimiento ni busca figurar en galerías o festivales de música; guarda su identidad en el anonimato, por eso lo llamo “Ra”. A través de una llamada telefónica, este artista me cuenta que uno de sus primeros recuerdos en los que relaciona imágenes (violentas) y sonido fue cuando estaba en el kinder jugando con instrumentos musicales y ese mismo día vio un descuartizado en la carretera. Tal vez inconsciente o inocentemente fue su primera relación con las imágenes de brutalidad y el sonido que llenaba aquel día el silencio de su salón de clases. El sufrimiento del otro y el propio se vuelve algo fundamental para sus piezas visuales y sonoras; no en un afán de “estetizar” o “lucrar” con el dolor ajeno, sino una especie de catársis ante una sociedad atroz e insensible. Aunque al final todo se vuelve un producto de consumo y en el consumismo difícilmente se puede

tener ética o calidad moral. El trabajo de Ra puede ser contradictorio, pero creo que el dolor lo hace empático y no cae en la idealización de la violencia extrema sino en una especie de mal compartido, un lamento coral que hace eco de la situación actual. El ruido extremo de sus proyectos sonoros muestra el caos agudo cotidiano al que nos enfrentamos y que se padece en el norte del país, donde el crimen organizado –incluyendo a la policía y al gobierno– tiene amedrentada a la población, que ha “normalizado” la violencia al ver mantas con amenazas, gente colgada en los puentes, cabezas o miembros esparcidos en las calles... Este sonido ensordecedor y sucio refleja las imágenes a las que ha estado expuesto involuntariamente y voluntariamente por su trabajo. Sus fotografías en ocasiones son sutiles e inquietantes (como en el caso de Concepción Huerta), que apenas dejan ver un charco de sangre seca, un diente, una mano con una jeringa o un tatuaje de algún cuerpo encontrado. Pero también pueden ser totalmente directas, crudas e incómodas –como es el caso de “Vulgar Disease”–. El sonido y la imagen que proyecta este artista desde el anonimato, busca representar el fracaso del humanismo y el mito del progreso. Intuye que tal vez no somos esos seres bondadosos e inteligentes que creemos ser. Existe una necesidad de mostrar la imagen mórbida y el sonido enfermo para mostrar esa parte monstruosa que no nos ha abandonado.

#### IV

Finalizo estos ejemplos de artistas que usan la imagen (disonante) y el sonido (mórbido) para crear fotografías o paisajes sonoros, con “Árboles Mentirosos”, proyecto solista de Sergio Ehécatl de Metepec, Estado de México. El proyecto es una mezcla de un ambiente oscuro y un ruido áspero; esto se logra gracias a una mezcla de grabaciones de campo, juguetes intervenidos, guitarra, bajo y hasta poesía. De él quisiera resaltar la pieza “Concierto para crematorio” que evoca el sonido de una serie fotográfica precisamente en su lugar de trabajo. Al escuchar esta pieza uno puede imaginar la piel burbujeando por el calor, la preparación de los cuerpos que se deslizan por la plancha listos para transformarse. En ocasiones las imágenes se quedan cortas para representar la realidad de naturaleza fugaz, incomprensible y absurda. Por eso veo que Sergio tiene la necesidad de complementar





Ra, *Fuck the world*, Tijuana, Baja California Norte, 2011. Colección personal.

lo visual con música. Al observar las fotografías podemos casi oler lo que queda de nosotros, las cenizas, el cuerpo que ya no es.

“El Concierto para crematorio” busca crear una imagen a través de sonidos con la intención de trasladarse al lugar del cadáver, imaginando que nosotros somos una especie de cuerpo sin vida acostado en la plancha, a punto de entrar a la bóveda de llamas y así poder ver, oír y sentir, incluso ya siendo polvo y cenizas. Para la pieza se registraron grabaciones de campo (*field recording*) y fotografías de los instrumentos como rastrillos de metal, pinzas, pisonos de cemento y metal para triturar huesos, maquinaria del horno crematorio y los sonidos que se producen al momento de incinerar un cuerpo. En este caso la imagen y el sonido son el conducto para expresar una experiencia mórbida de primera mano, no con el propósito de banalizar la muerte. Tal y como en los otros casos, encuentro respeto y sublimación de la brutalidad y las atrocidades de la vida, como el mismo Sergio Ehécatl me escribió: “Nunca me ha conmovido demasiado la muerte, ni cuando la tengo en mis manos pero hay que aprender a apreciarla, respetarla y sobre todo saber mirarla y abrazarla”.



Sergio Ehécatl Lopez Islas, *Obertura de la transformación sin fin*, Toluca, Edo Mex, 5 Noviembre 2020. Serie: Concierto para crematorio. Colección del autor.

## Réquiem

Vivimos una era de excesos en muchos aspectos. Exceso de violencia, exceso de fugas que nos inventamos (redes sociales, reconocimiento, éxito, familia...), vivimos bombardeados de sonidos y de imágenes. Ante este desborde, encuentro varias complicaciones: la homogeneización estética con el fin de captar la atención del ojo y el oído consumistas, o por el otro lado buscar imágenes y sonidos que resalten por su "originalidad" y terminen en un intento fallido y cómico; el hartazgo y el cansancio de una sociedad que no puede discernir ni gozar con lo que observa y escucha, el deseo de desaparecer y no ver nada más ni escuchar nada más; descansar por un momento del ruido y de las miles de imágenes.

En medio de todo esto, hay artistas tratando de hacer cosas lejos de los caminos acelerados del capital, que tratan temas visuales y sonoros que se alejan de la lógica actual de agrandar o tener la aprobación de la mayoría. Estos artistas nos enfrentan con lo que más tememos. Tal vez entrando en contacto directo con imágenes o sonidos que

tengan que ver con lo mórbido o la disonancia podamos reflexionar sobre nuestra propia imperfección, nuestra violencia, nuestra propia muerte, nuestra sexualidad y con suerte encontrar un sentido y entender que podemos abordar los temas desde otras perspectivas no necesariamente predominantes, sin prejuicio y sin vergüenza de lo que somos. Georges Bataille escribió: “Lo que súbitamente veía y me angustiaba -pero que al mismo tiempo me liberaba- era la identidad de estos perfectos contrarios oponiendo al éxtasis divino un horror extremo”,<sup>1</sup> esto después de quedar fascinado con una fotografía de un hombre chino condenado a *Leng-Tché* (descuartizamiento en trozos).

Estas obras tocan aspectos que muchas veces ignoramos o rechazamos de nosotros mismos, temas que versan en lo tétrico y lo cacofónico, no en su sentido obvio –contribuir al voyerismo del espectador, o hacer ruido para ensordecer–, sino que están en una búsqueda permanente de medios para externar las sensaciones que nos constituyen como la pérdida, la transformación, el olvido y sobre todo el dolor que compartimos. No encuentro en ellos una apología del crimen o una romantización de la violencia o del dolor, sólo representaciones de nuestra realidad; parafraseando a Teresa Margolles: “¿de qué otra cosa podríamos hablar?”.

1 Georges Bataille, *Las lágrimas de Eros*, (México:Tusquets, 2013), 249.